

un
MOMENTO
con **MARÍA**

Módulo de Formación 4



TEMA 1. Vivir por convicciones y ser auténtico	1
TEMA 2. Amor con amor se paga	4
TEMA 3. «Mirad cómo se aman...» la caridad muestra al verdadero cristiano	7
TEMA 4. Cristo, mi gran amigo y compañero fiel	10
TEMA 5. El misterio de la cruz en mi vida, puedo entenderlo y abrazarlo	13
TEMA 6. El Espíritu Santo, guía en mi obrar y fortaleza en mi caminar	16
TEMA 7. María, la dulce y firme pastora	20
TEMA 8. Mi madre, la Iglesia, quien me ha dado el don de la fe	24
TEMA 9. «Una sola cosa es necesaria...» La salvación eterna de las almas	27
TEMA 10. Mi destino es el cielo	31

Introducción

«Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres» (Lc 2, 52)

La formación y crecimiento integral de la persona es indispensable para todos. Debemos crecer en cuerpo, en sabiduría y en espíritu.

Los cristianos, especialmente, debemos preocuparnos por acrecentar nuestros conocimientos en la verdad, la fe y lo que la Santa Iglesia Católica nos enseña.

Este folleto tiene como finalidad ser un medio por el cual los miembros de la *Virgen Peregrina de la familia* puedan tener una formación básica. Mensualmente se exponen diferentes temas que nos ayudan a conocer más nuestra fe católica, la Tradición de la Iglesia y el Magisterio.

Cada tema tiene varios elementos:

- Una frase de la Sagrada Escritura que da un fundamento sólido a la doctrina y la enmarca en el conjunto de nuestra fe.
- Un breve desarrollo de la doctrina que propone algunos aspectos del tema a profundizar, dando motivaciones adecuadas.
- Dos o tres preguntas que ayudan a bajar a la propia vida lo que se ha visto, se pretende que estas preguntas fomenten el diálogo.
- Un propósito concreto y sencillo que puedan hacer todos los miembros de la familia, algunos son puntuales, algunos se pueden llevar a cabo a lo largo del año.
- Una «Misión con María» que consiste en una manualidad para poner en práctica, de modo experiencial, aquello que se ha aprendido. Se busca que además de elaborar la manualidad en alguna reunión, ésta tenga un fin pedagógico para toda la familia a lo largo del mes.

Estas ideas buscan ser una «plataforma» para el propio camino de la mano de María.

¡Que ella nos bendiga y acompañe siempre! Ponemos en sus manos el fruto de esta labor.

TEMA 1.

Vivir por convicciones y ser auténtico

«Decía Jesús a los judíos que habían creído en Él:

“Si os mantenéis en mi Palabra,

seréis verdaderamente mis discípulos,

y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”» (Jn 8, 31-32)

Ser auténtico significa tener el valor de ser lo que realmente se es en el interior, de forma íntegra y sincera, sin tener en cuenta las modas, el «qué dirán», etc. También implica aceptar las limitaciones y cualidades personales por lo que requiere conocerse bien a uno mismo; cabe mencionar, este autoconocimiento es tarea de toda la vida, ya que nunca podemos decir que estamos «acabados».

Es difícil actuar con integridad en un mundo donde la mayoría intenta llenar un estereotipo marcado por la sociedad llegando hasta el extremo de arriesgar la propia vida para tener el físico «ideal», que sea la envidia de los demás. Quien no llegue a estos extremos, se ve bombardeado para leer el mismo libro, ver la misma película, vestir la misma ropa, que el resto. Pocos se atreven a entrar en su interior para saber qué es lo que realmente desean para ser ellos mismos, para ser únicos, tal como Dios los creó.

Ser rico, joven y exitoso son tres cualidades que han llegado a ser «objetivos colectivos» ya que dice la cultura popular, son la llave de la felicidad. Sin embargo, pueden ser motivos para caer en adicciones o dedicarse a negocios sucios que luego nos llenan de culpas y vergüenza.

Lo importante es conservar el buen humor y hacer lo que nos gusta con alegría; conservar los afectos y darle importancia a lo verdadero, a lo que llena el corazón. Tenemos que aprender a estar con nosotros mismos sin aburrirnos, empezar a querernos y admirarnos por todo lo que somos, siendo piadosos con nuestros defectos y nuestros errores.

La vida auténtica que todos anhelamos en nuestro corazón hunde sus raíces en convicciones profundas. ¿Qué es

una convicción? Una convicción es una certeza vital, es una motivación a la luz de la cual vemos nuestra vida, y por ello, determina y conforma nuestras decisiones y acciones libres; se podría decir que es un «motor» para nuestra vida. Los dos «elementos» que no pueden faltar son el amor y la libertad. Las convicciones orientan, impulsan, inspiran y sustentan la vida de acuerdo a la verdad.

Poseer una convicción significa conocer algo con profundidad, con interés, con seguridad, hasta el punto en que llega a ser algo propio, que abrazamos libremente y que llega a conformar nuestra vida. Ya no son nuestras creencias por un lado y nuestra forma de vivir por otro, las convicciones unen el creer con el obrar. Si hay amor, orientan a toda la persona.

Por eso hay que conocer nuestra fe dejándonos penetrar por ella: esto nos llevará a enamorarnos de la verdad de Cristo, de su mensaje, de su doctrina y de su ejemplo de vida. Sólo si lo hemos interiorizado, su Palabra será fuente de libertad, en vez de yugo que oprime.

Tenemos el ejemplo de grandes santos que han defendido durante toda su vida la verdad y han sido coherentes con ella. Ellos amaron su fe e hicieron vida lo que creyeron; su fe no sólo consistía en ideas piadosas, sino que era vida, les quemaba por dentro y les impulsaba a compartirla con los demás por medio de la caridad y el servicio. Los santos son personas enamoradas de Dios, con una experiencia viva de Cristo. En palabras de Madre Teresa de Calcuta:

«Para mí, Jesús es la vida que quiero vivir, la Luz que quiero reflejar, el Camino que me guía al Padre, el Amor que quiero manifestar, la Alegría que quiero compartir, la Paz que quiero sembrar a mi alrededor. Para mí, Jesús lo es todo».

Busquemos vivir en la verdad, conocer a Cristo en el Evangelio y amarlo en la Iglesia, en la familia, en mi prójimo, buscando hacer siempre el bien. Así vivió María, desde su FIAT en la Anunciación hasta su Asunción a los cielos. Siempre actuó de acuerdo a su fe y a su amor a Dios y esto la llevó a ser coherente hasta el final, cumpliendo su misión.

¿Qué convicciones han regido mi vida
hasta el día de hoy?
¿Es Jesucristo la piedra angular de mis convicciones?

Propósito: A lo largo del día repetiré la jaculatoria «Jesucristo, te amo» y en la noche evaluaré si mis actos reflejaron esta convicción.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* realizará un arbolito de ambientación hecho con alambre (puede ser también dibujado, en cartulina o de ramas secas) que ha de tener raíces, tronco y ramas. Cada cuenta que se agrega al arbolito representa las convicciones que se han vivido a lo largo del mes y cada miembro ha de ir poniendo cuentas en las ramas cuando realice un acto que refleje estas convicciones.

Materiales:

- Alambre de dos espesores, el más grueso para las raíces y el tronco y el más delgado para las ramas
- *Floral tape*
- Cuentas de colores

Elaboración:

Forrar con el *floral tape* cada alambre. Agrupar los alambres gruesos (8 alambres en el caso de la muestra) y amarrar habiendo doblado primero los alambres para formar las raíces y el inicio de las ramas, unos a 12 cms aproximadamente para las raíces, y otros de 8 cms para las ramas. Prolongar las ramas con el alambre más delgado, moldeándolo para simular un árbol verdadero. Poco a poco agregar las cuentas de colores para decorarlo.



TEMA 2.

Amor con amor se paga

«Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.
Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor»
(1 Jn 4, 7-19)

Dios es nuestro Padre y nos ama con amor eterno. Dios es amor. Y nos creó por amor. Existimos porque Él lo quiso, fue una decisión de amor: Vivir quiere decir ser amado.

Dios nos creó para algo muy importante... No para el egoísmo, tampoco para la mediocridad, menos aún para la desdicha. Dios nos creó para ser feliz, en esta vida y en la eternidad; para ser feliz no hay más que corresponder a este gran amor que Dios nos tiene.

«Él nos eligió en Cristo antes de crear el mundo para que fuéramos santos e irreprochables ante sus ojos, por el amor, y determinó, porque así lo quiso Él, que por medio de Jesucristo fuéramos sus hijos»
(Ef 1, 4-5).

¡Cuánto ha hecho Dios por nosotros y sigue haciendo cada día, a cada instante! «Gracias» debería ser la palabra más repetidas en cada momento: Gracias al amanecer, gracias al mediodía, gracias al atardecer; gracias por los días pasados; gracias por este día y gracias, también, por los días por venir. ¡Qué alegría ser de Dios, pertenecerle, servir a tan gran Señor, amar a tan magnífico Padre y poder decir desde el corazón: «Soy de Dios felizmente y para siempre».

Sólo podremos comprender el amor de Dios cuando experimentemos su misericordia, cuando nos cojamos de su mano que se extiende hacia nosotros para levantarnos del lodo en el que a veces caemos. Y entonces, ese día al saber cuánto nos ama Él, querremos con todas nuestras fuerzas ser santos; conoceremos el amor y sabremos que todo es posible para el que ama.

Con qué ternura decía san Juan: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre que no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos» (1 Jn 3, 1). ¡Qué felices seríamos si cada día, a

cada hora y durante toda la existencia tratáramos a Dios como un verdadero Padre y experimentásemos su amor.

El experimentar este amor no es cosa reservada para algunos pocos. Todos estamos llamados a la comunión con Dios, a la santidad. Es una gracia que hay que pedir sin cansancio; si de verdad queremos cambiar y dejar para siempre la mediocridad, necesitamos experimentar el gran amor que Dios nos tiene, no hay otro camino.

Pero para ello, hay que plantearse seriamente lo que estamos dispuestos a hacer por Dios. No se ama con las palabras sino con los hechos. En las áreas en que somos más débiles, ya sea en relación con nuestra familia, en nuestro carácter, hábitos adquiridos, superficialidad, etc., tenemos una mina de oro para fraguar nuestro amor a Cristo, ya que es en la lucha en las cosas de cada día donde se demuestra la fuerza del amor.

Somos de Dios y para Dios. No encontraremos la felicidad fuera de Él, fuera del amor. Podemos recordar aquella parábola en Lucas 15. Cuando el joven rico se fue de su casa, causó al Padre una enorme tristeza. Sin embargo, el más triste en la historia terminó siendo el mismo hijo: no pudo encontrar la felicidad lejos de su Padre. Lejos de Dios estamos perdidos, sin luz, sin paz, sin ilusiones, sin nada. Sin Dios experimentamos la vida vacía y sin sentido, la falta de alegría y realización. Nada llena, ni el sexo, ni las drogas, ni el dinero, ni la fama, ni los viajes, ¡nada! Lo decía san Agustín:

«Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón estará insatisfecho hasta que descanse en ti».

Nuestra felicidad está en amarle, servirle y poseerle. Por eso, podemos concluir que amar a Dios y cumplir su voluntad es lo único importante en esta vida. Hay sólo un giro entre una gran insatisfacción y una entrega definitiva. ¿Qué es lo que nos frena o nos ata todavía? Pidamos a Dios que nos dé la gracia de que esa atadura se rompa para siempre.

¿Dios es un Padre y un amigo para mí?

¿Conozco su amor?

¿Para mí el cristianismo es seguir a Cristo de manera apasionada?

O por el contrario, ¿ser cristiano es algo aburrido y tedioso?

Propósito: Antes de acostarme cada noche, agradeceré a Dios por tres circunstancias en las que me haya manifestado su amor ese día.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* tomará conciencia de que «amor con amor se paga» decorando una cajita como cofre para el Sagrado Corazón de Jesús. En este cofre pondrá sus intenciones y ofrecimientos con el deseo de conocer más el Corazón de Cristo y darle un poco de amor. Dentro del cofre pondrá la siguiente oración:

Sagrado Corazón de Jesús, mi buen amigo, hoy te pido cuatro cosas: PACIENCIA para sufrir, FUERZA para trabajar, VALOR para resistir las penas que han de venir y SERENIDAD para resolver las cosas con santa calma y así tener en el alma perfecta tranquilidad. Eso tengo que pedirte en este día consagrado para adorarte y servirte. AMÉN.

Materiales:

- Cofre de madera
- Pegamento blanco (Resistol)
- Estampa del Sagrado Corazón
- Tinte para madera
- Barniz
- Pinceles



Elaboración:

Colocar el tinte para madera al cofre de madera hasta lograr el tono deseado, pegar la estampa en la parte superior. Con un pincel mediano, colocar pegamento blanco a todo el cofre e imagen. El pegamento lucirá blanco y grueso al principio pero poco a poco se irá poniendo transparente y de aspecto uniforme. Después que se ha secado, (generalmente de un día para otro), colocar una capa de barniz, para lograr el brillo deseado.

TEMA 3.

«Mirad cómo se aman...» la caridad muestra al verdadero cristiano

«Amaos los unos a los otros cómo yo los he amado» (Jn 15, 12)

«Amor» es una palabra muy usada en estos días; se habla del amor entre padres e hijos, el amor a la Patria, amor por la profesión, amor entre un hombre y una mujer, amor entre los amigos... a simple vista podríamos decir que el mundo de hoy ama mucho, sin embargo, la realidad nos deja ver mas bien que esta palabra tiene un uso bastante amplio y está perdiendo su verdadero sentido.

Algunos tienen una concepción equivocada del amor. Por ejemplo, piensan que el amor es buscar a otras personas en la medida en la que éstas le complacen; aquí se confunde el amor con el egoísmo: te doy para que tú me des. Cuántos más anhelan ser el centro de atención y no están dispuestos a sufrir ninguna molestia por la persona que dicen amar: se exige todo, pero no se da nada.

El verdadero amor es la donación de toda nuestra persona al ser amado e implica estar buscando siempre su bien. Este amor no se busca a sí mismo, sino que ansía la felicidad del otro, incluso a costa del propio sacrificio y a renuncia a los gustos personales.

Cristo en el Evangelio nos enseña este amor. Toda su vida es donación total a los hombres. Sus palabras son comprensión y acogida. Podemos ver numerosos pasajes como ejemplo: el Buen Pastor que va tras la oveja descarriada, la mujer pecadora que recibe el perdón, el Padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza... estos «gestos» son un reflejo del propio ser y actuar de Jesucristo. Él siempre acoge al que sufre, al pobre y desamparado, al pecador arrepentido. En la Última Cena nos deja su más grande mandato «Amaos los unos a los otros como Yo los he amado» (Jn 13, 34) y en la cruz, al entregarse por nuestra salvación, nos muestra el amor en su forma más radical.

Si queremos ser auténticos cristianos siguiendo el ejemplo de Cristo, nuestro amor al prójimo no se puede reducir a dar

limosna al pobre que veo fuera de la Iglesia. La caridad es mucho más, se trata de ser un reflejo del amor que Dios tiene para cada persona. No está mal dar unas monedas a un pobre, pero si acompañamos la limosna con una sonrisa, con un sincero «Dios lo bendiga», cuando vamos más allá y le preguntamos por su familia, por su vida, cuando rezamos por él, cuando le extendemos la mano como un hermano, esa pobre persona hace la experiencia del amor de Dios; ésta es la verdadera caridad, la que va mas allá de simples obras externas.

San Juan nos dice que:

«Si alguno dice Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien dice amar a Dios a quien no ve y no ama su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve»
(1Jn 4, 20).

El amor al prójimo es un medio eficazísimo para amar a Dios. Cristo mismo lo dice «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Hay que aprender a mirar a los demás no sólo como una persona más, sino como a Cristo mismo e ir mas allá de su apariencia exterior. Tenemos el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta que adquirió una capacidad de ayudar y amar a los enfermos realmente admirable; ella lo dijo muchas veces: no cuidaba a enfermos o moribundos sino a Cristo mismo. Ella veía en cada persona el rostro de Cristo.

Si aprendemos a ver detrás de los demás a Cristo mismo, nunca nos permitiremos desear el mal a nadie y no nos permitiremos juzgar a los demás, antes bien trataremos de ocultar sus fallos, de disculpar en nuestro pensamiento sus errores y de hacer que los demás vean sus cualidades. Como católicos, debemos ser para el mundo actual un testimonio auténtico de amor y de caridad. Amor es lo que necesita el mundo y para esto son necesarias las personas que enseñen a amar.

Para mí, ¿qué es la caridad?

¿Soy consciente de que para vivir la caridad sobran las palabras y abundan las oportunidades en las cosas más pequeñas?

Propósito: Buscaré una oportunidad cada día para hacer un acto de servicio oculto a algún familiar, amigo, compañero de trabajo, etc., con el simple deseo de que haya un poco más de amor en el mundo.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* realizará una manualidad sencilla y de bajo costo para poder regalarla a muchas personas y así fomentar el «darse a los demás». Se puede regalar en el trabajo, oficina, colegio y hasta en la calle.

Materiales:

- Lápices
- Láminas de foam liso o escarchado
- Listones de colores
- Pegamento blanco (resistol)

Elaboración:

Recortar en el foam las figuras deseadas, pueden ser: flores, corazones, estrellas, círculos, animalitos, etc. Si se usa foam liso, se puede decorar con escarcha, colores, marcadores, etc. Pegar la figura de foam en la parte superior del lápiz y hacer un moño con listón alrededor del lápiz.



TEMA 4.

Cristo, mi gran amigo y compañero fiel

«Fijándose en Jesús que pasaba, Juan dice:
"He ahí el Cordero de Dios."»

Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: "¿Qué buscáis?" Ellos le respondieron: "Rabbí - que quiere decir, "Maestro"- ¿dónde vives?"» (Jn 1, 35-38)

Muchas veces nos hemos preguntado ¿Quién es Jesucristo que llena tanto nuestros corazones de paz y felicidad cuando le dejamos entrar a nuestras vidas? ¿Quién es la persona que está en el crucifijo y que ha muerto por amor?

Jesús es quien nos revela el amor de Dios:

«En Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, hemos conocido el amor en todo su alcance. La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rm 5,8).

Cada uno de nosotros, puede decir sin equivocarse: «Cristo me amó y se entregó por mí» (cf. Ef 5,2). Jesucristo, es el amor de Dios encarnado. Este amor —el amor de Cristo— es lo que el mundo anhela. Pero ¿cómo conocer a Jesús y hacer la experiencia de su amor? ¿Cómo cultivar una amistad personal? La respuesta la encontramos en la Eucaristía, en el Evangelio y en la oración, pues es el trato frecuente con Él, lo que nos va haciendo descubrir que Él es amor.

Ese amor que puede parecer algo abstracto se convierte en lo más real de nuestras vidas precisamente allí, en el contacto de corazón a Corazón con Jesucristo realmente presente en la Eucaristía; ahí se vuelve en bálsamo para las heridas, agua en medio del desierto árido y extenuante, calor cuando el corazón se quiere endurecer por la frialdad.

En la Eucaristía está el amigo del alma, el amigo que nunca falla, el amigo fiel. Podemos presentarle nuestras necesidades como hace un amigo a otro con el que se tiene

total confianza. La Eucaristía ha brotado del corazón de Jesús. Es el mayor regalo del Corazón de Jesús en la Última Cena.

La lectura y reflexión del Evangelio es un maravilloso tesoro con el que cuenta el cristiano. En el Evangelio está todo: la vida de Cristo, sus milagros, predicaciones y encuentros con los hombres. El Evangelio es siempre actual, es la misma Palabra de Dios la que leemos, por eso, al escucharla, debemos guardar silencio y estar en un clima de paz y serenidad para oír al Espíritu Santo y dejar que encienda nuestros corazones.

La oración ha de ser un encuentro personal e íntimo con el Amigo, compañero, con el Amor Misericordioso que viene a nuestro encuentro. Jesús siempre está ahí, escuchándonos y cuidándonos siempre. Platiquemos con Él y si llega un momento en donde ya no sabemos qué más decir, escuchemos, escuchemos porque Él quiere hablar. En las buenas y en las malas, cuando disfrutamos de la vida y cuando más nos duele Él está diciendo que nos ama. Él es fiel, podemos confiar en Él mientras todo lo demás pasa, Él no falla jamás.

Y, ¿cómo crecer en la relación personal con Cristo después de que ya se le ha conocido? La clave está en el amor manifestado en nuestra vida ordinaria. Nuestro amor a Dios es solamente una respuesta al gran amor que Él nos ha tenido primero. Si nosotros comprendiésemos cuánto nos ama Dios... esta certeza nos sería suficiente para vivir con un sentido pleno el resto de nuestra vida.

Nuestra vida ordinaria debe convertirse en una lucha por dejarnos conquistar por el amor de Cristo a través de la fe y de la caridad. Por la fe, cada cristiano tiene la fuerza sobrenatural para que en cada una de las criaturas, hechos, experiencias, pueda ver la mano providente de Dios que no lo deja un instante solo. «En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rm 8, 28). Por la caridad amamos a Dios en nuestro prójimo; se trata de una caridad muy concreta... que está hecha de una cantidad de detalles pequeños, muchos de los cuales nadie llega a percibir. Su grandeza radica en que son hechos por amor y para amar: una sonrisa, un saludo, una palabra de aliento, de perdón, de cercanía.

Pidamos a María, quien formó el corazón humano de su Hijo, que nos lleve de la mano para enamorarnos de Él con la intensidad con que ella lo amó.

¿Es Jesús mi amigo, compañero, guía, fortaleza, luz, seguridad?

¿Puedo decir que mi oración es fuente de amor?

Propósito: En algún traslado en coche, aprovecharé el tiempo para hacer una comunión espiritual que me ayude a recordar que Cristo va siempre conmigo, y que todo lo que yo hago puede llevarme a conocerle y amarle más.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* llevará consigo un crucifijo como señal de que quiere ser siempre imitador de Cristo y quiere, no sólo pedirle su protección y amparo todos los días, sino vivir como Él.

Materiales:

- Crucifijo (del tamaño y material deseado)
- Cuentas de colores (pueden ser de madera, cristal, plástico, etc..)
- Hilo, cuero o gamuza

Elaboración:

Cortar el hilo de unos 50 cms aproximadamente. Colocar en el centro el crucifijo, haciéndole nudos a los lados para que se mantenga en esa posición. Agregar las cuentas de colores a los lados, alternándolas con nudos.



TEMA 5.

El misterio de la cruz en mi vida, puedo entenderlo y abrazarlo

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará.

Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde? »
(Lc 9 23-25)

Para comprender el misterio de la cruz no hay que hablar tanto de ella, de ese trozo de madera que no tiene sentido en sí mismo, sino del Dios y hombre que murió en ella, ya que la cruz no podría entenderse sin el amor del crucificado. La cruz es una locura si no se ve desde los ojos de la fe y con una mirada de amor.

Hay que situarnos en el lugar donde el amor llegó a su plenitud: el Calvario. Coloquémonos al lado de María y de Juan y allí, al lado de María, pidamos la gracia de mirar a Jesús con sus mismos ojos. Preguntémonos, ¿por qué está clavado en una cruz? ¿Por qué un amor que llega a tal extremo?

Contemplemos de cerca la escena: sobre el madero leemos «Jesucristo, Rey de los judíos». El rey del universo hace de la cruz su trono y abre el Reino a todos los hombres. Él da su vida por cada uno de los hombres. Podemos decir como san Pablo «El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí» (Ga 2, 20). Él pudo habernos redimido de mil maneras, sin embargo escogió la cruz, el dolor, la humillación y el sufrimiento, porque de esta manera pudo mostrarnos la libertad y la medida infinita de su amor.

En la cruz, Cristo reparó la dignidad del hombre perdida por el pecado y nos ganó el título de ser hijos de Dios. Así la cruz se convierte en un regalo, en don de Dios. De esta manera todo sufrimiento humano, si se abraza con amor, puede llegar a ser participación del sufrimiento salvador de Jesucristo; por

medio de nuestro dolor nos acercamos a Él y redimimos al mundo junto con Él.

Pidamos la gracia de que cada día vuelva a resonar en nuestro corazón la invitación de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9, 23). Jesús podría haber puesto otras condiciones pero el hecho es ése, el que quiera vivir en conformidad con su condición de cristiano tiene que estar dispuesto a entrar por la vía estrecha del Evangelio (cf. Mt 7, 13-14), a perder la vida por Él para salvarla (cf. Lc 9, 24), a hundirse en la tierra y morir para tener fruto (cf. Jn 12, 24).

Juan Pablo II expresaba la esperanza que existe detrás de la cruz de forma muy bella:

«La cruz significa que el amor es más fuerte que el odio y la venganza, significa que no hay fracasos sin esperanza, que no hay sombras sin luz, que no hay tormenta sin puerto de salvación; porque la cruz del Señor significa que el amor no tiene fronteras y que siempre el amor de Dios es más grande que nosotros, más grande incluso que nuestros fracasos. Porque la vida siempre es más fuerte que la muerte.»

¿He pensado en las cruces que yo tengo en mi vida?

*¿Las he aceptado como un camino
de identificación con Cristo?*

Propósito: Este mes, buscaré cada día ofrecer un pequeño sacrificio a Dios para formar un corazón grande como el suyo. Por ejemplo, hoy puedo ofrecerle a Jesús no tomar el dulce que más me gusta, o puedo ofrecer no fumar durante todo el día, o disminuir las horas de televisión para escuchar a mi familia, no hablar mal de nadie, hacer un acto de servicio... los sacrificios no deben ser algo fuera de lo común, sino algo pequeño, que me exija un poco de desprendimiento.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* hará una cruz de madera (también puede ser de cartón, hielo seco o dibujada en cartulina). Cada miembro de la familia pegará un corazón cada vez que hace un sacrificio. El objetivo es que la cruz quede cubierta de corazones.

Materiales:

- Cruz de madera, hielo seco, cartón o dibujada en cartulina
- Corazones en color rojo, recortados de foami, cartulina o papel

Elaboración:

Pintar y barnizar la cruz si es de madera, si es de hielo seco o cartón, recortarla y pintarla. Recortar los corazones en el material seleccionado para pegarlos en la cruz.



TEMA 6.

El Espíritu Santo, guía en mi obrar y fortaleza en mi caminar

«Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu»
(Ga 5, 25)

El Espíritu Santo es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Jesucristo dijo a sus apóstoles que era necesario que Él se marchara para que viniera el Paráclito. Él es el santificador, el enviado del Padre para llevar a la Iglesia a su plenitud. Es el dulce huésped del alma, es el amigo y confidente que habita dentro de nosotros.

El Espíritu Santo es quien nos enseña a conocer y a amar a Jesucristo ayudándonos a comprender el Evangelio. Él nos señala el camino que debemos seguir para llegar al cielo, nos enseña a perdonar las injurias, a buscar y hacer el bien sin esperar recompensa, a confiar en Dios y a amarle sobre todas las cosas.

Todos nuestros buenos pensamientos y disposiciones interiores son fruto de su acción en nosotros y sin su ayuda no podríamos perseverar en el bien. Toda obra buena que realizamos en la vida: ayudar a un vecino, darle unas monedas al mendigo, visitar a la tía enferma, es respuesta a una inspiración que el Espíritu Santo pone en nuestro corazón. Es Él quien ora en nosotros y quien pide por nosotros al Padre porque no sabemos pedir como conviene (cf. Rm 8,26).

Dios habita realmente dentro de nosotros siempre que permanezcamos en vida de gracia. Esta presencia del Espíritu Santo en nuestra alma es la mejor terapia en los momentos de desolación y de prueba, el mejor aliciente para levantarnos de nuestras caídas y seguir caminando. El Espíritu Santo es el mejor consejero para cualquier decisión, es quien da la prudencia para saber cuándo y en qué momento actuar.

Si el Espíritu Santo habita dentro de nosotros, debemos buscar mantener puro nuestro cuerpo y nuestro corazón, como un gesto de amor y de respeto para quien mora dentro de Él, también debemos respetar y amar a los demás porque son templos vivos de Dios. Dice san Pablo:

«¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo.» » (1 Cor 6, 19-20).

El amor al prójimo nace como una respuesta a esta realidad de que cada persona es templo vivo del Espíritu Santo. La caridad es su don: es Él quien nos enseña a descubrir en cada persona al mismo Jesucristo, es Él quien puede ir modelando nuestro corazón con los sentimientos de su Corazón manso y humilde para saber perdonar, ser pacientes, comprender y vivir en actitud de servicio. El Espíritu de amor nos hace gustosa la caridad y el servicio a los demás.

El Espíritu Santo es nuestro amigo, guía y compañero; nuestro trato con Él puede ser muy cercano, cordial y espontáneo. Para ello es importante ejercitar la confianza en que el Espíritu Santo habita en nuestro interior, guardar silencio a nuestro alrededor y dentro de nuestro corazón y orar constantemente.

El silencio exterior es importante porque no podemos escuchar al Espíritu Santo si pasamos la mayor parte de nuestro día conectados a algún aparato; esto nos impide tener silencio para entrar en nuestro interior. Pero el silencio exterior no es suficiente, una vez que dejamos el ruido hemos de buscar ese espacio en nuestro corazón donde no hay distracciones ni preocupaciones; es ahí donde escucharemos al Espíritu Santo.

Orar implica gozar del don de su amistad, tener una relación cercana y espontánea con Él, acostumbrarnos a una «convivencia» permanente con Él. Ésta fue la recomendación de san Pablo a los cristianos de Tesalónica: «Orad constantemente» (1Tes 5,17). El Espíritu Santo no deja de hablar a nuestro corazón. Escuchamos su voz en nuestra conciencia. Él puede servirse de muchos medios para hablarnos: de una persona, una lectura, una experiencia positiva y también podemos escucharlo en medio de una desgracia, o una tentación, etc. Sólo así Él irá modelando nuestros corazones y nos irá llenando de virtudes de entrega, de amor y de generosidad.

El Espíritu Santo actúa en nosotros por medio de su gracia y de sus dones. Sus dones son siete. El alma no podría

adquirirlos por sus propias fuerzas ya que trascienden infinitamente todo el orden puramente natural, por lo que hemos de pedirlos con confianza y ejercitarlos en el día a día. A continuación describimos cada uno.

- Sabiduría: Gusto por lo espiritual, capacidad de juzgar según la medida de Dios.
- Entendimiento: Gracia para comprender la Palabra de Dios y profundizar las verdades reveladas.
- Consejo: Ilumina la conciencia en las opciones que la vida diaria presenta, sugiriendo lo que conviene más al alma.
- Fortaleza: Para obrar valerosamente lo que Dios quiere y sobrellevar las contrariedades de la vida.
- Ciencia: Da a conocer el verdadero valor de las criaturas en su relación con el Creador.
- Piedad: Sana el corazón de todo tipo de dureza y lo abre a la ternura para con Dios como Padre y para con los hermanos como hijos del mismo Padre.
- Temor de Dios: Temor de ofender a Dios, humildemente reconociendo nuestra debilidad; el alma se preocupa de no disgustar a Dios, de «permanecer» y de crecer en la caridad.

*¿Me interesa conocer la voz del Espíritu Santo en mi interior?
¿Me doy cuenta de que hacer el bien con mis propias fuerzas
me cansa mucho y que unido a Él
puedo perseverar en el esfuerzo?*

Propósito: Descubriré cómo el Espíritu Santo me acompaña en el día a día buscando escucharle antes de tomar alguna decisión.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* elaborará una pulsera con una medallita del Espíritu Santo y siete cuentas de otro color por sus siete dones; cada vez que vea la pulsera dirá la jaculatoria «Espíritu Santo, fuente de luz, ilumíname».

Materiales:

- Medallita del Espíritu Santo
- Hilo elástico
- Perlititas
- 7 cuentas de otro color

Elaboración:

Cortar el hilo elástico de 25 cms aproximadamente, suficiente para ensartar las perlititas y poder hacer el nudo. Distribuir las perlititas de manera igual en 7 grupos, dejando 4 ó 5 perlititas en cada grupo. Ensartar el grupo de perlititas y la cuenta de metal o de diferente color, que nos recuerda cada uno de los 7 dones del Espíritu Santo. Ensartar la medallita del Espíritu Santo y hacer un nudo en el elástico para cerrar la pulsera.



TEMA 7.

**María,
la dulce y firme pastora**

«Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo."
Luego dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre."
Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa»
(Jn 19, 26-27)

¿Quién es María? ¿Por qué es nuestra madre? Muchos no nos preguntamos esto, nuestra piedad, la educación que recibimos desde pequeños, nos mueve rápidamente a lanzar algunas miradas de confianza, amor y súplica a alguien que consideramos una amiga cercana, alguien que sabemos que nos cuida y nos ama. Siempre que invocamos a María nos sentimos cobijados bajo su manto de cariño.

Los católicos no adoramos a la Santísima Virgen, porque no es Dios. Ella misma se reconoce «esclava del Señor» y dispuesta a obedecer la voluntad de Dios (cf. Lc 1,38). El culto que los católicos damos a la Santísima Virgen es de veneración, distinto a la adoración, que sólo se debe a Dios. Sin embargo, a la Virgen damos la más grande veneración porque ella es la verdadera Madre de Cristo, el Hijo de Dios (cf. Lc 1, 30).

Las devociones como rezar el rosario, ponerle una veladora, hacer una novena, llevarle flores, son actos que muestran que María es alguien importante para nosotros, que le tenemos cariño. Sin embargo, lo que da «peso» a nuestro amor es la decisión de conocerla para asemejarnos más a ella.

Para conocer a María podemos leer el Evangelio y rezar. ¡Qué buena descripción hacen las Sagradas Escrituras de María! En muy pocas palabras expresan lo esencial: nos hablan de su corazón lleno de Dios, en el que reinaba el silencio, de un corazón que percibía en toda criatura la presencia de Dios en el pasaje de la Anunciación; nos hablan de un corazón grande, bondadoso y generoso pronto para descubrir las necesidades de los demás, en el pasaje de las Bodas de Caná.

Al conocer un poco más a María nos damos cuenta de que ella es el modelo perfecto del cristiano; por otro lado, la auténtica piedad a María consiste en la imitación de sus virtudes. Si ya conozco a mi madre, si ya la amo, me queda imitarla, puesto que un hijo se manifiesta más cercano a su madre cuanto más se parece a ella, en su pensar, en su querer y en su actuar. Podemos empezar con una sola de sus virtudes.

Por un tiempo, por ejemplo, podemos tomar la virtud de la fe ¿Cómo ejercitaba María su fe? ¿Qué haría María en este caso en el que estoy yo? Ella veía detrás de todo la mano providente y amorosa de Dios. El que tiene fe, no calcula, no mide, no especula, sino que se asombra e inclina ante el actuar de Dios. La fe implica tener clavadas en el corazón estás dos certezas: «Todo colabora al bien de los que aman a Dios» (Rm 8, 28) y «ninguna cosa es imposible para Dios» (Lc 1, 37). Para imitar la fe de María hemos de ver a Dios detrás de lo que suceda y abandonarnos a su Voluntad.

María ejercitó su fe, descansando y encontrando fuerzas en la oración. Rezar el rosario en familia y hacer unas visitas espontáneas a María, especialmente mientras la Virgen Peregrina visita nuestro hogar, pueden ser medios excelentes para crecer en esta oración. ¡Qué hermosas son aquellas tardes, donde toda la familia se reúne unida en torno a la madre, entonces el calor del hogar se expande por medio del amor a María! Entonces ella permanecerá con esa familia, y en casa habitará un espíritu de amor y de paz. Quien pide a María con fe e insistencia, puede tener asegurado el Cielo y la unidad de su familia. Juan Pablo II dijo:

«Seguir amando el santo rosario y difundid su práctica en todos los ambientes en que os encontréis. Es una oración que os forma según las enseñanzas del Evangelio vivido, os educa el ánimo a la piedad, os da perseverancia en el bien, os prepara a la vida y, sobre todo os lleva a ser amados de María Santísima, que os protegerá y defenderá de las insidias del mal.»

Al rezar el rosario, en el trasfondo de las cincuenta avemarías contemplamos a Cristo con la mirada de María, Madre de Dios y Madre Nuestra. María por su parte, nos estará viendo y su mirada nos llenará de una profunda confianza. Al

ver la imagen de la Virgen de Guadalupe, María nos mira y nos toma en sus brazos y nos repite como a san Juan Diego:

«No te apene ni te inquiete cosa alguna, ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás por ventura en mi regazo? Nada has de temer» (Nican Mopohua).

Orar con María es simplemente conversar con ella. Tal vez no le decimos una gran poesía. Para relacionarnos con María sólo hace falta decirle cómo estamos, qué necesitamos, en qué le podemos ayudar; también la podemos escuchar. Es como ir a conversar con la mejor de las amigas, Ella siempre estará abierta a escucharnos.

¿Me sé hijo de María?

¿Qué puedo hacer para conocerla más?

*¿Quiero tener más detalles de cariño con ella,
como mi madre?*

Propósito: Al rezar el rosario, lo haré con la conciencia de que estoy hablando a mi Madre, que en cada misterio recuerdo un episodio de la historia de mi familia que es la Iglesia, y en las letanías le digo cuánto la quiero.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* elaborará un calendario en papel o cartulina en el que pueda colocar un florecita cada día que rece un rosario a la Virgen. El calendario lucirá más hermoso en la medida que tenga más flores. Se pueden poner imanes en la parte de atrás y mostrarlo con orgullo en el refrigerador de la cocina... todos los miembros de la familia pueden colaborar a que cada día luzca mejor.

Materiales:

- Cartulina o papel con calendario impreso
- Imanes
- Listón para hacer las flores o bien flores compradas

Elaboración:

Utilizar un calendario impreso, o alguno que ya tengamos en la casa, o realizar uno en una hoja de papel con regla, colocándole los días y fechas del mes. Pegar imanes para que se adhiera al refrigerador. Elaborar flores con listones de colores y pegar a cada flor un imán para que así se adhiera al refrigerador cada vez que rezamos el rosario.



TEMA 8.

**Mi madre, la Iglesia,
quien me ha dado el don de la fe**

«Y yo te digo que tú eres Pedro,
y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,
y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»
(Mt 16, 18)

Jesús fue enviado al mundo por el Padre para salvarnos. Él mismo nos envía para prolongar su obra y extender su Reino, invitando a todos los hombres, de todas las razas, a formar parte de su Iglesia. Podemos reconocer la Iglesia que Cristo fundó con cuatro características:

Una: Tiene un solo Señor, confiesa una sola fe, nace de un solo Bautismo, forma un solo Cuerpo, vivificado por un solo Espíritu, orientado a una única esperanza a cuyo término se superarán todas las divisiones. Jesús confirió a Pedro y a los doce el ministerio de la unidad: se realiza la comunión en la unidad, una sola fe, común celebración del culto divino y en la caridad. Esta unidad es tarea de todos.

Santa: Por su unión con Cristo y su función de santificar. Pueden fallar los hombres y por eso el continuo reclamo a la santidad. El pecador es un miembro incompleto, pero real miembro de la Iglesia. La Iglesia es santa, pero no plenamente, pues con su caminar se va purificando y logrará la santidad plena al final de los tiempos, en la unión con el Esposo. Proporciona los medios para santificarse: los siete sacramentos que son bautismo, confirmación, Eucaristía, confesión, orden sacerdotal, matrimonio y unción de los enfermos. Es inmaculada aunque esté compuesta por pecadores.

Católica: La Iglesia de Cristo es católica por haber sido enviada a predicar el Evangelio a los hombres de todo tiempo y cultura y porque se ha mantenido fiel en su totalidad a la doctrina apostólica. La palabra católica significa «universal». La Iglesia es católica en un doble sentido: en ella subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a su cabeza lo que implica que ella recibe de Él la plenitud de los medios de salvación y también significa que es enviada a todos los pueblos y es

capaz de abarcar todos los tiempos y culturas; es por propia naturaleza, misionera.

Apostólica: En tres aspectos, fidelidad a la doctrina (en lo que cree la Iglesia y lo que enseña), sucesión apostólica (Cristo la gobierna por medio de Pedro y los demás apóstoles presentes en sus sucesores, es decir, el Papa y el colegio de obispos) y misión apostólica (predicación y evangelización).

Jesús quiso que recibiéramos los medios de salvación por medio de la Iglesia, la que confesamos en el Credo que es una, santa, católica y apostólica gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él. Jesús vino a la Tierra no sólo para revelarnos su divinidad y dejarnos su mensaje de amor sino para que tuviéramos vida eterna, la cual podemos alcanzar por medio de su Iglesia.

*Como miembro de la Iglesia,
¿valoro los medios que me ha dado Dios a través de ella
(los sacramentos) para ser cada día mejor?
¿La amo, la busco conocer y defender como mi madre?*

Propósito: Para crecer en el amor a la Iglesia, nuestra madre, rezaré con mi familia por las necesidades de la Iglesia y por aquellos que la atacan, para que Dios les dé la gracia de conocerla.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* elaborará una Iglesia formada de galletas para recordar sus cuatro características: una, santa, católica y apostólica.

Materiales:

- Galletas en forma de rectángulo hechas en el horno, o bien pueden ser compradas mientras sean rectangulares.
- Betún, hecho en casa o bien comprado. Servirá para unir las galletas.

Elaboración:

Acomodar las galletas como si fueran ladrillos y formar la iglesia, cada galleta se unirá una con la otra con el betún como si fuera el cemento. Al final, decorar con alguna cruz en la parte de arriba.



TEMA 9.

«Una sola cosa es necesaria...» La salvación eterna de las almas

«¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» (Mt. 16, 26)

El Evangelio nos dice que Jesús estaba hospedado en casa de unos amigos: Lázaro, Marta y María. Mientras Marta trabajaba, María escuchaba embelesada a Nuestro Señor. Su hermana Marta es la típica mujer hacendosa que se preocupa, de corazón, por dar el mejor recibimiento a un huésped, en este caso un huésped tan importante como Jesús, el Hijo de Dios. Pero se da cuenta de que no alcanza, y en un momento dado sale, y le dice al Maestro con la confianza que le tiene: «Jesús ¿te da lo mismo que esté yo con todo el quehacer de la casa y mi hermana esté aquí sin hacer nada? ¡Díle que me ayude! ». Cuando uno lo lee, esperaría como respuesta natural: «Perdónanos, Marta, en verdad nos hemos olvidado de ti, y estás con todo el trajín de la casa. A ver, María, échale un mano a tu hermana, incluso, si quieres, yo ayudo también» - «No, no, ¡Tú no, Señor! ». Pero Jesús, con una amable sonrisa en su rostro, dijo estas palabras: «Marta, Marta, te preocupas de demasiadas cosas. Hay una sola cosa necesaria. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada» (Lc 10, 41-42). Pobre Marta, se quedó confusa, no entendió a Jesús. Él elevó la conversación a un nivel sobrenatural. Le dijo: «Mira, me da mucho gusto que cuando vengo a su casa traten de darme una acogida tan buena, pero... hay algo que me importa muchísimo más que tener una buena comida, un reposo adecuado, etc. y es que tú, María y todo el mundo, escuchen el mensaje de salvación para el que yo he venido».

Hay una sola cosa necesaria. ¿A qué se refiere Jesús? A Él mismo. Jesús es lo único necesario porque Él nos trae la salvación, el amor, la auténtica felicidad. En Última Cena, Él dirá: «Yo no he venido a ser servido sino a servir, y a dar la vida por la salvación de los hombres» (Mt 20, 28).

Dios quiere que todos obtengan lo que realmente es lo único necesario, la salvación. Jesucristo comparó el cielo con un banquete de bodas al que todos están invitados (cf. Mt 22,

1-14). La prueba de que Dios quiere salvarnos es que cuando nos alejamos de Él, sentimos por dentro una inquietud, un deseo de cambiar que se llama remordimiento. El remordimiento molesta, y uno no quisiera sentirlo, pero es una llamada de Dios que por amor nos hace ver que hay algo que no está funcionando, para que volvamos nuevamente a Él.

Ahora bien, Dios quiere salvarnos a todos, pero no a la fuerza. Siempre nos dice: «si quieres...»; es como decir también: «si no quieres, no te puedo obligar». A empujones no entra nadie al cielo. Hay que demostrar nuestros deseos con hechos, no bastan las palabras, pues Jesucristo mismo recalcó: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7, 21).

Salvarse, ir al cielo, es alcanzar la felicidad eterna, experimentar al máximo el amor sin la más mínima sombra de tristeza. Por el contrario, el infierno es ese lugar donde impera el odio, donde jamás encontraremos la paz. Santa Teresa lo definía como: «el lugar donde no se ama».

En relación al cielo, san Pablo en una de sus cartas nos dice que tuvo la experiencia del cielo. Él dice que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni podemos saber lo que Dios tiene preparado para aquellos que ama» (1Cor 2, 9). Las palabras humanas quedan cortas.

El asunto de la salvación sólo lo puede resolver cada uno, es una decisión personal. En el fondo todos queremos salvarnos, porque esto significa la felicidad. ¿Qué hacer para llegar al cielo? Es claro lo que Dios nos pide: cumplir los mandamientos, servir a los demás, amar no sólo a los amigos sino también a aquellos que no nos agradan, ser buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos. Y cuando caemos, buscar el perdón de Dios a través de la confesión.

Cuando se ha experimentado la misericordia de Dios, la felicidad de haber sido perdonado, de haber sido amado, nace de lo más profundo del corazón la necesidad de no quedarse con este tesoro, sino de dar a conocer el amor de Dios para que muchos otros se salven. Pero ¿cómo hacer para que los demás encuentren la alegría de sentirse amados, de sentir que son importantes para Dios?

Cada día, cada acontecimiento, en medio de nuestros quehaceres cotidianos, de nuestros sufrimientos y alegrías, tenemos una gran oportunidad para ayudarle a Cristo a salvar almas. Podemos ayudarles a ser mejores personas, acompañarlos y aconsejarlos, rezar por ellas, hacer un pequeño sacrificio y dar testimonio de tu fe.

Hay que confiar absolutamente en Jesucristo Crucificado y en María Santísima nuestra Madre. Un Dios que ha muerto crucificado por nosotros, para salvarnos, ¿qué no estará dispuesto a hacer para lograr que lleguemos al cielo?

¿Qué estoy dispuesto a hacer para ayudar a Dios a salvar almas?

*Si Jesús murió en la cruz para salvarnos,
¿yo que haré para ayudarle?*

Propósito: Elegiré a una persona que se encuentre en una dificultad y me comprometeré a acompañarla en su necesidad con mi oración, con mi tiempo y con todos los medios a mi alcance para ayudarla a aceptar la voluntad de Dios.

Misión con María: El miembro de *Virgen Peregrina* hará flores de papel por cada oración o sacrificio que realice por una persona que esté pasando por alguna necesidad. Al final tendrá un ramo completo que entregará a esa misma persona, como muestra de apoyo y cariño de parte de toda la familia.

Materiales:

- Papel de china en diferentes colores
- Palos de madera

Elaboración:

Recortar de cada pliego de papel de china 4 círculos de 20 centímetros de diámetro cada uno. Cada flor lleva 4 círculos. Colocar pegamento en la punta del palito de madera, unos 2 cms.

Por el extremo opuesto del palito, introducir un círculo de papel (previamente se puede hacer un agujerito pequeño en el papel, por donde pasará el palito de madera) y correrlo hasta la punta que tiene el pegamento.

Asegurar que el papel de china se pegue al palito de madera. Éste es el centro de la flor.

Colocar nuevamente pegamento en la base del pétalo que ya está adherido al palito de madera y sucesivamente, introducir los demás círculos de papel por el extremo inferior del tallo, correrlos hasta arriba, formando así, los 4 pétalos de la flor.



TEMA 10.

Mi destino es el cielo

«El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel». (Mt 13, 44)

Por nuestra fe sabemos que el cielo es la última meta del inagotable deseo de felicidad que cada hombre lleva en su corazón; es la satisfacción de los más profundos anhelos del corazón humano y consiste en la más perfecta comunión de amor con Dios, con la Virgen María y con los santos.

A veces imaginamos el cielo de forma poco atractiva, como algo pasivo, como si se tratase de una contemplación eterna y aburrida, pero esto es un error. ¡Es tan difícil describir el cielo! Nos quedaríamos muy cortos si dijéramos que es más que la suma de todos tus momentos felices, de todos tus sueños cumplidos... puede sonar interesante, pero aún es muy insuficiente.

El cielo es felicidad que rebasa nuestros deseos, actividad sin cansancio, descanso sin aburrimiento, conocimiento sin velos, grandeza sin exceso, amor sin afán de posesión, perdón sin memoria, gratitud sin dependencia, amistad sin celos, compañía sin estorbos. En el cielo, Dios nos concederá mucho más de lo que podemos pedir o imaginar y aún aquello que no nos atrevemos a pedir.

El firmamento es el símbolo que desde siempre se ha utilizado para representar el cielo porque significa lo trascendente, lo inaccesible, lo infinito. Si observamos el cielo en una noche estrellada, forzosamente nos llenaremos de admiración y sobrecogimiento ante la belleza y la grandiosidad del mismo. Sin embargo, el cielo, la felicidad eterna, sobrepasa este símbolo.

Hay algunos santos a los que Dios les ha concedido la gracia de poder ver lo que es el cielo. He aquí algunos de sus testimonios, con los cuales han tratado de explicarnos con palabras terrenas lo que nos espera en el cielo:

San Pablo: «Dios es capaz de hacer indeciblemente más de lo que nosotros pedimos o imaginamos» (Ef 3,20). «Nada son los sufrimientos de la vida presente, comparados con la gloria que nos espera en el cielo» (2 Cor 4,17).

Teresa de Jesús: «Pude ver a Jesús en su Santa Humanidad completa. Se me apareció con una belleza y una majestad incomparables. No temo decir que, aunque no tuviéramos otro espectáculo para encantar nuestra vista en el Cielo, ya sería una gloria inmensa.» (Vida de Santa Teresa).

San Agustín: «Es más fácil decir qué cosas no hay en el cielo, que decir qué cosas hay: En el Cielo contemplaremos y descansaremos, descansaremos y alabaremos, alabaremos y amaremos, amaremos y contemplaremos.» (Confesiones de San Agustín).

San Juan de la Cruz: «Tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura, que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo que morir viéndola, máteme tu vista y hermosura.» (Cántico espiritual).

San Francisco de Asís: «El bien que espero es tan grande, que toda pena se me convierte en placer.»

Nuestra casa en el cielo dependerá de los materiales que escojamos en la tierra.

Si queremos una casa en el cielo de excelentes materiales, tendremos que vivir en la tierra con convicciones, actitudes y conductas de primera calidad.

¿Queremos una casa robusta y estable en el cielo? Tenemos que poner a Cristo, la Roca firme, como cimiento de tu vida en la tierra.

¿Queremos una casa grande en el cielo? Tenemos que vivir la grandeza de corazón en la tierra, con actos de generosidad, de magnanimidad y de nobleza.

¿Queremos una casa cálida y acogedora en el cielo? Tenemos que practicar la calidez en la tierra con actos de bondad, de cordialidad y acogida a los demás.

¿Queremos una casa con grandes ventanas y excelente vista al paraíso? Tenemos que cultivar la honestidad, la transparencia, la justicia, la coherencia de vida en la tierra.

¿Queremos una casa con mucho color, luz y alegría en el cielo? Tenemos que ser luz y alegría para los demás en la tierra.

¿Queremos una casa limpia y pulcra en el cielo? Tenemos que procurar la pureza de nuestros ojos, de nuestras manos y de nuestro corazón en la tierra.

¿Queremos una casa con servicio de ángeles en el cielo? Tenemos que ser un ángel para los demás en la tierra, sirviéndolos con exquisita caridad.

Construir para la eternidad, de eso se trata esta vida, pensemos y soñemos cada día en esa casa, en esa habitación que Jesús nos está construyendo en el cielo, con los materiales que cada día le enviamos desde la tierra.

Que María Santísima nos alcance la gracia de escoger los mejores materiales en la tierra para que Jesús pueda construirnos una excelente casa en el cielo.

*¿Quiero ir al cielo? ¿Qué hago para alcanzarlo?
Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿qué haría?*

Propósito: Cultivaré en mi corazón el deseo de llegar al cielo, practicando actos de desprendimiento en las cosas de cada día porque sé que todo pasa.

Misión con María: El papalote (cometa) es un elemento que se eleva al cielo. El miembro de *Virgen Peregrina* elaborará uno y lo usará como una imagen que le ayude a elevar nuestra alma al Cielo y estar cada vez más cerca de Jesús.

Materiales:

- Dos palitos de madera, uno más largo que otro
- Hilo
- Pegamento blanco
- Papel celofán

Elaboración:

Colocar los palitos en forma de cruz y fijarlos con el hilo en el centro para que no se muevan. Con el hilo, hacer la forma del papalote (cometa), uniéndolos todos los extremos de los palitos en forma continua.

Recortar el papel celofán del tamaño que tiene el papalote (cometa) y pegar el hilo y los palitos de madera al papel. Dejar un sobrante de 5 milímetros alrededor de toda la forma y doblar este sobrante y pegarlo hacia atrás. Dejar una cola con hilo en la parte inferior del papalote (cometa) y colocar los moñitos.

